



Nacimiento y educación del héroe: el ejemplo del *Valerían de Hungría*

Jesús Duce García
(Universidad de Zaragoza)

Abstract

El nacimiento del héroe es uno de los motivos más significativos de todas las culturas y las tradiciones literarias derivadas de aquéllas. Los libros de caballerías asumen plenamente este motivo desde el paradigma del *Amadís de Gaula*. El ejemplo del *Valerían de Hungría* no sigue con exactitud los modelos previos caballerescos, pero sí que desarrolla algunos de sus aspectos más relevantes. Respecto a la educación del protagonista, se plantea una formación que comprende el adiestramiento militar, en consonancia con los *espejos de príncipes*, y también el conocimiento de lenguas y otras materias promovidas por el Humanismo, tal como se refleja en *El Cortesano* de Castiglione.

Palabras clave: *Valerían de Hungría*, libros de caballerías, nacimiento del héroe, educación del héroe; motivo literario.

The birth of the hero is one of the most significant motifs in all cultures and the literary traditions stemming from them. Chivalry romance has fully adopted this motif since the *Amadís de Gaula*. As an exception, the *Valerían de Hungría* does not follow faithfully this motif as described in previous chivalry romances, although we can find some of its most relevant aspects. With respect to the education of the protagonist, it includes both military training in line with *espejos de príncipes*, and the knowledge of various languages and different subjects promoted by Humanism, as shown in Castiglione's *El Cortesano*.

Keywords: *Valerían de Hungría*, romances of chivalry, birth of the hero, education of the hero, literary motif.



La llegada al mundo de Valerían, máximo protagonista del libro de caballerías que lleva su nombre –escrito por Dionís Clemente y publicado en Valencia en 1540–, provoca un giro narrativo que focaliza las expectativas lectoras en un nuevo proceso argumental. Su padre, Pasmerindo, es el rey de Hungría, acreditado caballero errante y portentoso caudillo militar que ha logrado frenar el avance de los moros invasores, derrotando incluso al cabecilla de los mismos en un combate singular. Su madre, Albericia, es la hermosa heredera del imperio de Trepisonda. Tras el beneplácito de los emperadores trepisondinos, el joven húngaro y la atractiva princesa se unen oficial y públicamente en matrimonio, lo que se festeja con múltiples fiestas, banquetes y torneos, y después parten hacia Belgrado, en cuyos palacios, al cabo de un tiempo oportuno, tiene lugar el nacimiento del futuro gran héroe:

Passados algunos días después de llegado el rey a Belgrado, la reina parió un hijo tan hermoso que cuantos lo vieron afirmaron no haver oído ni visto jamás su semejante, al cual, bautizado con mucha solemnidad e grandes fiestas que por su nacimiento se fizieron, así en todo el

reino de Ungría como en Trepisonda, después de [que] los emperadores fueron sabidores de su nacimiento, pusieron nombre de Valerián de Ungría, del cual como vos diximos es la presente historia (*Valerián*, I, 30, 49v).

El nacimiento del héroe o personaje de grandes cualidades es uno de los motivos más significativos de todas las culturas y religiones y de todas las tradiciones literarias que derivan de aquéllas. Sobre ese particular, los conocidos estudios de Otto Rank (1914) y Lord Raglan (1936 y 1965, 142-157) establecen el prototipo o paradigma heroico a partir de las vidas de diversos héroes mitológicos, literarios y religiosos, advirtiendo en las condiciones del nacimiento de todos ellos una similar estructura y un especial simbolismo que los determina categóricamente, en tanto que elementos primordiales que anticipan un destino único e intransferible. Recordemos que el doctor vienés Otto Rank, imbuido de las teorías psicoanalíticas y en búsqueda del significado de diversos temas míticos de resonancia universal, consideró las trayectorias vitales de grandes figuras del pasado, tanto reales como ficticias. En virtud de dichas figuras entresacó una serie de rasgos comunes que sirvieron para establecer por vez primera el patrón universal del héroe. Dicho modelo se despliega a partir de una serie de pautas muy reconocibles: el héroe desciende de padres de la más alta nobleza, a menudo reyes y emperadores, y su origen se halla precedido de diversas dificultades que ponen en peligro a sus progenitores. Suele manifestarse una profecía bajo la forma de un sueño que advierte sobre el próximo nacimiento y sus circunstancias frecuentemente anómalas. Poco después, el niño es abandonado en las aguas en un frágil recipiente. Muy lejos de su verdadero hogar, el pequeño queda bajo el amparo de animales salvajes o quizá de personas de extracción humilde. Una vez transcurrida la infancia, el héroe descubre sus auténticas raíces, se produce la *anagnórisis*, y comienza a obtener diversos reconocimientos. Se venga después de su padre, que a menudo es quien ha propiciado o consentido su ostracismo, y alcanza finalmente el puesto y los honores que le corresponden por linaje.

Por su parte, utilizando un andamiaje y gradación bastante similares, aunque lejos de las teorías freudianas, el aristócrata inglés Lord Raglan –FitzRoy Somerset, 4th Baron Raglan– estableció una lista de veintidós elementos fundamentales respecto de las vidas de numerosas efigies de gran notoriedad en diversas culturas. El currículum o modelo del héroe desarrollado por Raglan incide en primer lugar en la necesidad de la ascendencia regia –a veces también divina– y en las inusuales circunstancias que rodean la concepción y el nacimiento del futuro protagonista. A continuación se indica que el recién nacido es secuestrado y enviado a un país lejano, donde unos padres adoptivos se encargan de su crianza y educación. A pesar de esta premisa, apenas se tienen noticias del desarrollo de su infancia. Cuando alcanza la madurez, regresa al reino que le pertenece; allí consigue vencer a un gran rey, o quizá a un gigante, dragón o bestia de colosales dimensiones, se casa después con una princesa y se convierte en el soberano absoluto del lugar. Durante un tiempo indeterminado, gobierna apaciblemente impartiendo generosidad y justicia, pero llega un día en que pierde la confianza de sus súbditos –y también de los dioses– y le es arrebatado el trono por la fuerza, muriendo de manera dramática. Sus hijos no suelen

continuar el legado, mientras que su cuerpo, tras ciertos inconvenientes o aplazamientos, recibe finalmente la sepultura que le corresponde.

Aunque existen otros estudios de gran interés, como el de Vladimir Propp (1928), que desarrolló un esquema muy minucioso de treinta y un elementos y numerosas subdivisiones, si bien lo hizo partiendo con exclusividad de los cuentos de hadas rusos y manejando figuras que no siempre eran de carácter heroico; o como el de Joseph Campbell (1949)¹, que analizó las transformaciones o etapas del héroe en ocho posibilidades temáticas, utilizando con gran erudición materiales de distintas tradiciones; lo cierto es que las propuestas de Otto Rank y Lord Raglan han sido las más frecuentadas en el ámbito que nos concierne, esto es, el de la filología hispánica, y más en concreto, el de la literatura caballeresca, donde el análisis y entendimiento del paradigma heroico es una de las tareas más complicadas de llevar a cabo, debido al volumen y la variedad de las obras que la constituyen.

Sin ir más lejos, Juan Bautista Avallé-Arce sigue la referencia del investigador inglés para pautar la biografía del gran modelo de los libros de caballerías españoles, Amadís de Gaula, del cual llega a acumular hasta dieciséis puntos de la nómina desarrollada por Raglan². Otros especialistas en la materia, como Juan Manuel Cacho Blecua y M^a Carmen Marín Pina, también tienen en cuenta a Lord Raglan, aunque prestan más atención al psicólogo austríaco, del que suscriben, para las figuras de Amadís y Palmerín, de Esplandián y Primaléon, algunas de las fases más determinantes del arquetipo heroico, véanse la ascendencia regia, el nacimiento extraordinario, y el abandono y educación del héroe lejos de su tierra originaria³. Ahora bien, el profesor Cacho Blecua ha superado con creces los anteriores planteamientos al establecer, mediante los propios capítulos y secciones de su conocido estudio, una estructura temática y funcional de la trayectoria de Amadís –de resultas, el paradigma amadisiano–, que después ha sido guía y orientación de numerosos trabajos caballerescos que han seguido reflexionando sobre el patrón del héroe en la literatura caballeresca hispánica. Uno de los ejemplos que mejor perpetúa y desarrolla este trazado lo ha llevado a cabo Emilio José Sales Dasí, el cual, dentro de su metódico estudio sobre el género de los libros de caballerías, ha propuesto precisamente un modelo del caballero andante español, apoyándose en siete aspectos fundamentales que no siempre se cumplen de la misma forma ni con idéntica intensidad, pero que son capaces de perfilar los mínimos idiosincrásicos de esta figura; a saber: los orígenes regios, el nacimiento singular, la separación de la madre y

¹ Las ocho coordenadas de Campbell trenzan eficazmente el patrón cíclico del mito del héroe: la concepción, la infancia, el héroe como guerrero, como amante, como emperador, como redentor del mundo, como santo, y, por último, la muerte del héroe. Sobre este particular, Campbell asegura que «los creadores de la leyenda raras veces se han contentado al considerar los grandes héroes del mundo como meros seres humanos que traspasaron los horizontes que limitan a sus hermanos y regresaron con los dones que sólo puede encontrar un hombre con fe y valor tales. Por lo contrario, la tendencia ha sido siempre dotar al héroe de fuerzas extraordinarias desde el momento de su nacimiento, o aun desde el momento de su concepción. Toda la vida del héroe se muestra como un conjunto de maravillas con la gran aventura central como culminación» (285).

² Avallé-Arce (1982, 15-25 y 1990, 101-132). Véase también Russinovich de Solé (1974, 129-168).

³ Cacho Blecua (1979, 16-37 y 38-56, y *Amadís de Gaula*, I, 134-148). Por su parte, Marín Pina (1989, 166-240).

las marcas de nacimiento, el influjo de la lactancia, la infancia y la educación, la primera prueba peligrosa, y la investidura como incorporación al mundo de los adultos⁴.

No obstante, y volviendo al motivo del nacimiento del héroe, hay que indicar que los signos que determinan el alumbramiento de Valerián no son llamativos en exceso ni cumplen con un gran número de elementos de los patrones aducidos. Efectivamente, el nacimiento de Valerián no está vinculado a componentes extraños o sobrenaturales, como ocurre con Cirongilio de Tracia, Tristán de Leonís y muchos de los héroes artúricos, sin olvidarnos del legendario Alejandro y los portentosos acontecimientos que rodearon su nacimiento. Su cuerpo no aparece con marcas o tatuajes, como presentan cuantiosos personajes caballerescos –Esplandián, Palmerín de Olivia, Floriseo, Clarián de Landanís, el Caballero del Febo y Olivante de Laura, entre otros, además de diversos héroes artúricos y grandes caballeros de la épica francesa⁵, motivo folclórico de tradición antiquísima, recogido cumplidamente en el *Motif-Index of Folk-Literature* de Stith Thompson con la entrada T563. Tampoco es abandonado en las aguas en un cesto o arquilla, motivos S141 y S331 del *Motif-Index*, ordalía de raigambre mitológica por cuya superación se demuestran condiciones excepcionales, como así ocurre con Amadís y también con grandes figuras de la Antigüedad, como Moisés, Sargón, Edipo, Télefo, y Rómulo y Remo, entre los más conocidos⁶.

⁴ Al respecto de las señas del caballero, el profesor Sales Dasí, que se apoya en los estudios precedentes de Köhler y Cacho Bleuca, aclara que «la representación literaria se diferencia bastante de aquellos caballeros medievales de carne y hueso en los que los autores se basaban en apariencia para trazar su retrato literario. En una época en que la sociedad se hallaba dividida de forma piramidal y la nobleza ocupaba una posición privilegiada, parece lógico pensar que los caballeros, individuos que tenían a su cargo la defensa del orden jerárquico, disfrutarían de todos los beneficios del estamento al que pertenecían. Pero no siempre fue así. Estos hombres de guerra, segundones dentro de la nobleza en muchos casos, tuvieron que buscar su propio sustento enrolándose en las filas de los ejércitos de grandes señores feudales, participando en las cruzadas o tentando a la fortuna convertidos en mercenarios [...] En principio, éste fue el referente del que partieron los escritores para perfilar la imagen del caballero errante o andante. Sin embargo, en su descripción se utilizaron todos esos atributos que contribuirían a forjar un retrato idílico: la valentía, la cortesía y la generosidad, el alto sentido de la justicia, la lealtad, la mesura y la cordura» (Sales Dasí, 2004, 19-20).

⁵ Esplandián presenta varias letras blancas bajo un pecho y otras tantas letras rojas bajo el otro, que corresponden con su nombre y el de su amada. Palmerín de Olivia exhibe una señal negra en el rostro. Floriseo tiene en el pecho una flor colorada en forma de cruz. Clarián, una estrella blanca en el mismo lugar. El Caballero del Febo, una rosa blanca y colorada en medio del pecho. Olivante de Laura, un corazón y dos letras también en el pecho.

⁶ Para el estudio de estos motivos en el ámbito caballeresco hay que ver el trabajo de la profesora Gracia Alonso: «La infancia heroica constituye un capítulo esencial en la literatura épica, cuyas características pueden definirse como unidad, tradicionalidad y coherencia. El nacimiento y la infancia del héroe componen un capítulo perfectamente definido en cualquiera de las obras medievales bien construidas, ya que obedece a unas necesidades y a unos objetivos claramente determinados: se abre con las circunstancias en que el personaje es engendrado, o si éstas no son significativas, con un nacimiento singular, o, en su defecto, con una crianza excepcional, y se cierra con la investidura. Su tradicionalidad es manifiesta porque para adivinar el origen de los motivos fundamentales que integran el nacimiento heroico hay que remontarse a los albores de nuestra cultura, de la cultura universal, y, aunque sea posible dar con sus primeras expresiones escritas, las fuentes no permiten más que entrever su significado. Se trata de una narración coherente no sólo consigo misma sino también con

El recién nacido, eso sí, tiene ascendencia monárquica, primer y necesario peldaño para lograr encumbrarse a la categoría de héroe, y también provoca el asombro en los presentes por su hermosura sin igual, lo que ya es símbolo de su especial disposición y barrunto de su grandeza posterior. La belleza y la perfección física forman parte del canon del héroe de todos los tiempos, en tanto que elementos externos que reflejan sus superiores aptitudes, además de poner en evidencia su distinción frente al resto de personajes, acercándole en cierta medida a la divinidad⁷. Los grandes paladines de los libros de caballerías cumplen plenamente con este requisito, dejando maravillados a quienes los contemplan y ejerciendo por primera vez un foco de atracción que después permanecerá activado *in crescendo* a lo largo de sus trayectorias vitales. Véanse como muestra estos ejemplos:

Pues como fuesse cumplido el tiempo de la preñez de la duquesa, plugo a Nuestro Señor que, después de mucho trabajo e peligro que sufrió con los dolores del parir, parió un hijo, el mayor y más hermoso que nunca se vido nacer en aquellos tiempos, con cuyo nacimiento fueron llenos sus padres de complida alegría e los vasallos de entero favor (*Floriseo*, I, 3, 7).

A la reina tomaron dolores de parto. Las damas no sabían qué se fazer. Empero tomaron a su señora como mejor pudieron, decendiéronla del palafrén y tendieron muchos paños en que se echasse. Allí, aunque con gran trabajo, la reina parió un fijo tan hermoso cual nunca jamás se vio semejante d'él (*Clarián de Landanís*, I, 21, 48-49).

Y ellas ansí lo fizieron y ella quedó sola con ella; y al tiempo qu'el Emperador cenava, Griana parió un fijo, el más hermoso que decir se vos podría. Tolomestra lo tomó muy prestamente y embolviólo en muy ricos paños. E primero que esto fiziesse lo miró a un blandón que encendido tenía e vídolo tal que la fizo maravillar y aver mucha piedad por no nacer aquella criatura tan fermosa en tiempo que se pudiera criar como él merecía (*Palmerín de Olivia*, 8, 26).

Cuenta la historia que la hermosa princesa Niquea, cuando llegó a su tiempo de parir, ella parió un infante el más hermoso y grande que visto se uviessse, con el cual grande plazer se hizo en la corte. A este infante pusieron nombre don Florisel de Niquea, el cual salió el más estremado cavallero en armas y en bondad que jamás se vio; hizieronse en la corte grandes fiestas por su nacimiento (*Amadís de Grecia*, 127, 557).

el contexto al que sirve de prólogo, ya que da razón a la vida adulta del héroe; ésta se manifestará como consecuencia y causa a la vez de unos determinados presupuestos, pues las circunstancias que envuelven el nacimiento de cada personaje, así como las que vive a lo largo de la niñez, se ajustan perfectamente a la condición del personaje adulto» (1991, 199-200). De la misma investigadora hay que consultar otros trabajos (1992, 133-148 y 1994, 437-444). Recuérdese la aportación de Delpech (1983, 177-203), y el estudio de Lalomia (2012, 169-186), en el que se analiza la concepción, el parto y el nacimiento de numerosos personajes caballerescos, en tanto que motivos recurrentes que forman parte de un *frame* funcional para el lector.

⁷ Ya en el Mundo Antiguo, especialmente en la tradición griega, los cuerpos humanos perfectos, sanos y bellísimos eran la representación utilizada para figurar a los dioses. Por contigüidad, los grandes héroes, que en muchos casos eran semidioses, también se representaban con los cuerpos más perfectos y hermosos. Atiéndanse estas cuestiones en Eliade, (1976): «El sentido religioso de la perfección del cuerpo humano –la belleza, la armonía de movimientos, la calma, la serenidad– inspiró el canon artístico. El antropomorfismo de los dioses griegos, tal como se manifiesta ya en los mitos, y que más tarde será criticado por los filósofos, recupera su significación religiosa en la estatuaria divina. Paradójicamente, una religión que proclama la distancia irreductible entre el mundo divino y el de los hombres, hace de la perfección del cuerpo humano la representación más adecuada de los dioses» (339-340).

Conviene resaltar que la llegada de Valerián es celebrada con un bautismo solemne y con grandes fiestas por todo el reino, o lo que es lo mismo, a través, por un lado, del rito religioso oficial y, por otro, de la ceremonia y aprobación populares. Si tenemos en cuenta que los padres y parientes del recién nacido son caballeros y damas que pertenecen a la realeza o la más alta aristocracia, y que el estamento eclesiástico y también el pueblo llano, como acabamos de ver, están ligados a su primera ratificación social, Valerián se convierte desde su origen en un héroe amparado y validado por «los tres estados por que Dios quiso que se mantuviese el mundo», tal y como se definían en las *Partidas* de Alfonso X el Sabio⁸.

Por otra parte, la presencia del bautismo confiere una doble significación que debe tenerse muy en cuenta. Junto al signo cristiano de incorporación a la comunidad, hay que entrever el ancestral simbolismo del agua, presente en todas las tradiciones y culturas, que proyecta el poder regenerativo del líquido elemento y su enorme potencial de creación y de vida, lo que siempre se formaliza en un ritual iniciático. Es verdad que Valerián no queda expuesto a merced de las aguas, elemento arquetípico que le otorgaría máxima singularidad, pero no hay que olvidar que el bautismo cristiano, en cuya fórmula se halla implícita la iniciación, es un reflejo transformado y reinterpretado de aquél⁹. Recordemos a ese respecto que, si bien Amadís de Gaula, primer y máximo referente de los héroes de caballerías, sigue la pauta de la exposición acuática, siendo abandonado en un cajoncillo sobre las aguas (*Amadís de Gaula*, I, 247-248), a partir de Esplandián, el propio hijo de Amadís, la opción más habitual es la ceremonia del bautismo, en tanto que cristianización de ritos ancestrales (II, 1009), incluso en los casos donde el recién nacido ha sido desamparado en otros medios, como sucede con Palmerín de Olivia, que fue dejado «a la ventura que Dios le diesse», encima de un árbol que estaba situado en una gran montaña de espesas matas (*Palmerín de Olivia*, 26-27).

Debe tenerse en consideración que la figura de Valerián no mantiene con exactitud los modelos previos caballerescos de mayor preponderancia –Amadís, Esplandián, Palmerín–, ni sigue con rigor el patrón tradicional del héroe mítico en sus primeros pasos, por lo que su representación podría entenderse como una variante o modificación particular de todos ellos. Resulta innegable, eso sí, que el natalicio de Valerián conforma algunos de los aspectos más representados por dichos patrones –la ascendencia monárquica, la belleza física del recién nacido, el bautismo oportuno y las celebraciones públicas de carácter lúdico y festivo–; aunque será en

⁸ *Las Siete Partidas* (1555, 21, 70r). Esta división tripartita de la sociedad se hallaba ampliamente difundida en la Edad Media, siendo suscrita, entre otros, por el infante don Juan Manuel, como puede advertirse en el *Libro de los estados* (1991, 92, 277) y en el *Libro del caballero et del escudero* (1989, 17, 12).

⁹ Véase Eliade (2000): «Obviamente, el bautismo cristiano fue, desde el principio, equivalente a una iniciación. El bautismo introduce al convertido a una nueva comunidad religiosa y le hace merecedor de la vida eterna. Se sabe que entre el año 150 y 300 existió un fuerte movimiento bautismal en Palestina y Siria. Los esenios también practicaron baños rituales o bautismos. Al igual que entre los cristianos, se trataba de un rito iniciático [...] De este modo vemos en qué sentido el cristianismo primitivo contenía elementos iniciáticos. Por un lado, el bautismo y la eucaristía santificaban al creyente al cambiar de manera radical su condición existencial. Por otra, los sacramentos le separaban de la masa de los profanos y le hacían formar parte de una comunidad de elegidos» (165-167).

fases posteriores de la narración y en otros momentos del proceso de crecimiento del personaje, cuando se alcanzará una mayor concentración simbólica y una mayor intensidad en la cimentación del mito heroico. En ese sentido, Valerián parece acercarse a los modelos que representan Tirant, Claribalte, Florindo y algún otro ejemplo caballeresco, en cuyos nacimientos se presenta un menor número de elementos folclóricos, o acaso no tan espectaculares, lo que incrementaría su ya potencial adscripción –por razones de otra índole– al grupo de textos más realistas, dentro del paradigma inicial de los libros de caballerías castellanos, tal como lo definen los profesores Lucía Megías y Sales Dasí en su conocido manual (2008).

Respecto a otros nacimientos que aparecen en el *Valerián*, hay que decir que en principio siguen los pasos del ejemplo del protagonista, repitiéndose en la mayoría de ellos las características ya mencionadas, aunque también se incorporan algunas peculiaridades que son dignas de comentario. Por ejemplo, en el nacimiento de Finariel, uno de los grandes campeones de la *Parte Primera*, se incluye explícitamente el tema de la sucesión monárquica de pleno y legítimo derecho –en sintonía con lo estipulado por la *Partida II*, título primero, ley novena¹⁰–, por cuya circunstancia el recién nacido es nombrado príncipe de Francia y futuro emperador de Constantinopla:

Para prosscución de la historia conviene que sepáis agora que el mesmo rey de Francia e padre de la emperatriz de Constantinopla, después de diez y ocho años que ella nació, huvo un hijo al cual llamaron Finariel, por razón que fue fin de los desseos de sus padres, según por ellos había sido desseado. Por el nacimiento del cual muy grandes fiestas se fizieron por toda Francia, conociendo que Nuestro Señor Dios se había acordado d’ellos, dándoles príncipe legítimo sucessor en sus reinos, los cuales temían, si el príncipe no naciera, que después de la vida de los reyes no fuessen anexos al Imperio de Constantinopla, por razón que en aquellos tiempos, no haviendo varon sucessor, las mugeres podían suceder en los reinos de sus padres (*Valerián*, I, 37, 51r-51v).

El caso de Flerisena, la señalada y hermosa dama del héroe protagonista, es doblemente especial, dado que se trata del único nacimiento femenino que se relata con cierto detalle en toda la obra, y también es el único ejemplo en el que se valora

¹⁰ *Las Siete Partidas*: «Ley. IX. *Cómo el Rey deue amar a Dios por la gran bondad que es en él.* Verdaderamente es llamado Rey aquel que con derecho gana el Señorío del reyno. E puédese ganar por derecho en estas quatro maneras. La primera es quando por heredamiento hereda los reynos el fijo mayor, o alguno de los otros que son más propincos parientes a los reyes al tiempo de su finamiento. La segunda es quando lo gana por auenencia de todos los del reyno, que lo escogieron por Señor, non auiendo pariente que deua heredar el Señorío del Rey finado por derecho. La tercera razón es por casamiento, e esto es quando alguno casa con dueña que es heredera del reyno, que maguer él non venga de linaje de Reyes, puédese llamar Rey después que fuere casado con ella. La quarta es por otorgamiento del Papa o del Emperador quando alguno dellos faze Reyes en aquellas tierras en que han derecho de lo fazer. Onde si lo ganan los Reyes en alguna manera que de suso diximos, son dichos verdaderamente Reyes. E deuen otrosí guardar siempre más la pro communal de su pueblo que la suya misma, porque el bien e la riqueza dellos es como suyo. Otrosí deuen amar e honrrar a los mayores e a los medianos e a los menores, a cada vno segund su estado, e plazerles con los sabios, e allegarse con los entendidos, e meter amor e acuerdo entre su gente, e ser justiciero dando a cada vno su derecho. E deuen fiar más en los suyos que en los estraños, porque ellos son su Señores naturales, e non por premia» (6r-6v).

con gran determinación la necesidad de una crianza mediante la leche materna, frente a otras posibilidades que pudieran contaminar de villanía e imperfección el género y estado natural de la princesa:

Passados dos meses del plazo para las fiestas señalado, la princesa Arinda parió un fija tan hermosa, que cuantos la vieron no podían creer que mortal fuesse, la cual, a los tres días de su nacimiento, fue bautizada con gran solemnidad en la iglesia de Santa Ursola. A la cual, después de muchos acuerdos y pareceres que sobre poner el nombre que había de tener se tuvieron y revocaron, llamaron Flerisena, por lo que entonces se podía ver así había de florecer entre las hermosas, que dexando a todas las de su tiempo por yervas o espinas, ella sola fuesse la flor, ante la cual ninguna pudiesse ni osasse tener nombre de hermosa. De su criança, así mismo es bien que sepáis que no menos sobrepujó a todas las otras fijas de reyes y de otros príncipes, que de la hermosura que Dios le diera. Assí porque la princesa, su madre, viéndola tan hermosa, no quiso que ama la criasse, sino de su mesma leche, porque de la agena no participasse de villanía o de deffectos y manzillas de que los niños participan cuando amas los crían, porque aquella mala leche muchas y las más vezes en tal manera perturba la naturaleza sus potencias, que no puede obrar según lo bueno natural, sino según lo malo accidental, por lo cual fue la más humilde e amorosa donzella que se jamás vido (*Valerian*, I, 57, 103v).

El motivo de la lactancia en la literatura medieval, como indica el profesor Cacho Blecua en un estudio sobre el particular (1988, 209-224), está estrechamente relacionado con la condición del linaje del recién nacido y con sus comportamientos futuros, al igual que sucede con los demás sucesos de la infancia, los cuales terminan siendo «explicaciones apriorísticas de su conducta posterior»¹¹. En nuestra obra, la incomparable belleza de la pequeña Flerisena es la razón manifiesta por la que su madre decide amamantarla con su propia leche para asegurar la conservación íntegra de la naturaleza original, desechando por tanto los servicios de la nodriza o ama de cría, figura doméstica muy común en las clases nobles y aristócratas de las sociedades antiguas, plenamente institucionalizada en la Edad Media, como demuestra su inclusión en las *Partidas* alfonsinas, concretamente en la *Partida Segunda*, título séptimo, ley tercera¹². Otra posibilidad que también ha quedado desestimada en el *Valerian* es el amamantamiento y crianza por parte de animales¹³, lo que siempre

¹¹ Con su acostumbrada precisión, Cacho Blecua resume el citado motivo de la siguiente forma: «En definitiva, las cualidades espirituales se transmiten a través de la lactancia y pueden condicionar apriorísticamente la vida de una persona. No resulta extraño, pues, que de los pocos datos dedicados a la niñez en las obras literarias medievales, en ocasiones, el amamantamiento ocupe un lugar preeminente. Nos encontraríamos ante dos aspectos interrelacionados de los que todavía se encuentran huellas en la cultura popular española: a) amamantamiento y grupo social; b) amamantamiento y conducta» (219).

¹² *Las Siete Partidas*: «Ley III. En qué manera deuen ser guardados los fijos de los Reyes. [...] E los que primeramente deuen fazer esta guarda ha de ser el Rey e la Reina. E esto es en darles amas sanas e bien acostumbradas e de buen linaje, ca bien assí como el niño se gouierna e se cría en el cuerpo de la madre fasta que nasce, otrosí se gouierna y se cría del ama desde que le da la teta fasta que gela tuelle. E porque el tiempo desta criança es más luego que el de la madre, por ende non puede ser que non reciba mucho del contenente e de las costumbres del ama» (17v).

¹³ Entrada B535 del *Motif-Index* de Stith Thompson. También debe considerarse el T611.7. *Cierra que proporciona leche al niño abandonado*. El amamantamiento de un niño por un animal, según explica Gracia Alonso (1991, 143-152), constituye un eco de ritos iniciáticos ancestrales, cuya superación supone un renacimiento que prepara al sujeto para integrarse en la sociedad e incluso para ser un gran mandatario,

acontece cuando el niño ha sido abandonado y expuesto, sin protección alguna, en plena naturaleza, como se observa en numerosos ejemplos de la mitología clásica grecolatina –Rómulo y Remo, Télefo, Paris, Auge–, también en la tradición legendaria hispánica –Gágoris y Habidis–, y por supuesto en algunos casos de la literatura caballeresca, véase la cierva que cuida a los siete hijos de Isomberta y el conde Eustaquio, en la *Leyenda del Caballero del Cisne*, la leona que cría a Esplandián, o la cierva que hace lo propio con Poncia, personaje principal del *Primaleón*.

No obstante, la figura de la nodriza surge en otro de los ejemplos del *Valerían* que creemos merece cierta atención. Esta vez se trata del nacimiento de Florianteo, hijo del gran caballero Menadoro y la princesa Luceminia, heredera del reino de Gran Bretaña. El caballero y la princesa se enamoran a primera vista y deciden de inmediato mantener encuentros privados. Como manda el canon caballeresco, Menadoro solicita a la dama ser aceptado como su caballero servidor y convertirse en su esposo, implicando para ello mantener relaciones sexuales, «lo que luego fue por aquella hermosa princesa cumplido, con todas las palabras que por la católica Iglesia para semejantes auctos y sacramentos están ordenadas» (I, 4, 98r). El matrimonio secreto, motivo habitual en los libros de caballerías, muy utilizado en el *Valerían*, se ha llevado a cabo de forma correcta, siguiendo los pasos establecidos a tal efecto: el caballero ha prometido honestamente su dedicación y su entrega, la doncella ha aceptado el ofrecimiento, se han dicho después las palabras preceptivas que dicta la Iglesia, y finalmente ha tenido lugar el encuentro sexual, fruto del cual la mujer queda encinta de un niño. Sin embargo, los últimos escalones del proceso –la anuencia de los padres, los desposorios públicos y la ceremonia eclesial–, no se realizan de forma inmediata, debido a que Menadoro no ha alcanzado todavía el nivel social pertinente, que viene señalado en este caso por la casa real de Luceminia, lo que provoca que los jóvenes amantes, ayudados por sus sirvientes y escuderos, tengan que ocultar durante un tiempo al recién nacido en las inmediaciones de la ciudad, donde una nodriza se encarga de alimentarlo¹⁴:

Y quiso Nuestro Señor que en breve spacio pariesse un fijo tan hermoso y de tan grandes faciones, que Esteria se maravilló d'ello, pareciéndole que era impossible una muger tan niña como su señora haver podido parir criatura tan grande. Y después que la princesa fue libre, tomando los paños que ya Esteria había aparejado muchos días antes, entre los cuales había unos labrados con unas cruces de seda de grana y oro, después que los hubo con ellos embuelto, y dexado a su madre en su lecho, por la ventana que Menadoro ende entrava, salió Esteria con el niño y en compañía del escudero de Menadoro. El cual, aquella y todas las noches passadas, venía ende para ayudarlas en lo que pudiesse, haviéndolo dexado su señor para aquel efecto, salió del castillo. Y decendieron a la villa, adonde cavalgando en sendos palafrenes, los cuales siempre tenía Gargarén, que assí se dezía aquel escudero, ensillados en una casa para quando menester fuessen, fueron a una aldea que havia a una legua de la villa,

merced a las virtudes transmitidas por el animal benefactor. Véase también el trabajo de López Martínez (2002, 39-59).

¹⁴ Recordemos que el uso de las nodrizas proviene de muy antiguo y en él se suman diversas implicaciones, como explica García Herrero: «Sin embargo, existen una serie de factores que inciden negativamente en la lactancia materna. Al fallecimiento de la madre durante el parto y a la debilidad o incapacidad para amamantar al hijo se incorporan otras causas económicas, sociales y culturales que mueven a recurrir con frecuencia a la lactancia mercenaria» (2006, I, 89).

adonde Gargarén ya tenía prevenida una ama, diciendo que para una criatura que había de parir una amiga suya, y que cuando huviesse parido, él la traería ende para que la criasse (*Valerían*, I, 4, 98v).

Durante un tiempo determinado, Menadoro incrementa su valía combatiendo como general de las huestes inglesas frente al enemigo escocés, convirtiéndose en un espléndido líder militar que recibe toda la estima y confianza del rey Laristeo. Pero es mucho más adelante, tras obtener el trono de Bohemia por méritos propios –ya que no es heredero directo–, cuando Menadoro alcanza la situación idónea que le permite desvelar, sin vergüenza alguna, su relación con Luceminia. Casi de inmediato, los reyes perdonan el yerro cometido y muy pronto se suceden las bodas y las fiestas; de esa forma, el hijo secreto deja de serlo, vuelve felizmente con su madre y pasa a ser el sucesor de la corona inglesa.

Por último, hay que traer a colación el nacimiento de Flerián de Alemania, primogénito de los máximos protagonistas. Véase que el nombre de Flerián se forma a partir de las sílabas que figuran en los nombres de sus padres –*interpretatio per syllabas*–, uno de los procedimientos etimológicos más habituales en los libros de caballerías para la acuñación de antropónimos, como ha estudiado M^a Carmen Marín Pina (1990, 165-175)¹⁵. El futuro paladín, cuyas aventuras, según se dice con insistencia, se contarán en la tercera parte de la historia, viene al mundo con parecidos e incluso superiores arropamientos que sus padres. En efecto, el niño nace en el seno de la más alta aristocracia europea, precisamente como fruto de la fusión de las casas reales de Alemania, Grecia y Hungría, y lo hace además en la corte y la ciudad de Colonia, capital del vasto imperio alemán y lugar de encuentro y referencia de todos los caballeros y damas del *Valerían*. Por otra parte, es verdad que no presenta mayores signos que su magnífica condición y su hermosura física, pero el señalamiento ceremonial que lo acompaña parece anunciar las más altas resoluciones, por encima incluso de las que mostraron Valerían y los otros héroes. El nuevo príncipe recibe el bautismo de mayor solemnidad y protocolo de toda la obra, llevado a cabo en la Iglesia Mayor de la capital imperial, todo lo cual viene a evidenciar que nos encontramos con un gran paladín de la cristiandad o con un individuo de especiales valores espirituales. El énfasis del acontecimiento litúrgico viene de la mano de la supresión de las fiestas mundanas, lo que representa un indicador de gran capacidad distinguidora. Hay que recordar que la celebración festiva popular, dentro de la ficción caballeresca y también de la realidad de la época, es un componente habitual en el nacimiento de un noble, un caballero o una dama de gran relevancia. Con ella se transmite la universal aceptación del recién llegado y se avisa de su futuro papel de gobernante, campeón o figura ejemplar. Sin embargo, Flerián, el héroe que reúne en su esencia las cualidades supremas de Valerían y Flerisena, no viene acompañado de las alegrías y bailes del pueblo llano.

¹⁵ Con la misma fórmula etimológica que el nombre de Flerián encontramos, entre otros, el ejemplo de Flortir, hijo de Florinda y Platir. Cercanos procedimientos se observan en Florambel, hijo de Florineo y Beladina, y en Florismarte, hijo de Flosarán y Martedina, por traer a colación sólo unas pocas muestras de las muchas que abundan en el género que tratamos. Sobre asuntos relacionados con la antroponimia, hay que consultar el estudio de Coduras Bruna (2015).

No pasaron dos meses después de fallecida Boralda, que una noche tres horas antes del alva a Flerisena tomaron los dolores del parto. El cual quiso Nuestro Señor que fuese tan bueno, que antes de una hora parió un muy hermoso hijo, el cual al tercero día de su nacimiento fue bautizado en la Iglesia Mayor de Colonia, con tanta solemnidad, dexado todo género de fiestas mundanas por consejo de Arismenio, que se no había oído jamás bautismo que tan solenizado fuese. Al cual, de común acuerdo de todos los que era razón que tuviessen para ello voto, pusieron nombre Flerián de Alemaña, pues participava de la primera sillaba del nombre de Flerisena, su madre, y de las últimas del príncipe Valerián, su padre. El cual podéis ser ciertos que no fue criado con menor cuidado y vigilancia que los príncipes, sus padres y agüelos, para todo aquello que a su género y estado convenía. Por el nacimiento del cual muchos mensageros se despacharon, así para Costantinopla y Ungría como para Francia y la Gran Bretaña, adonde grandes alegrías se fizieron, aunque por extenso no se vos cuentan (*Valerían*, II, 88, 322r-322v).

Tras la etapa del nacimiento y las circunstancias que lo acompañan –que aquí hemos visto con la disparidad de los ejemplos invocados–, el segundo escalón en la biografía de un héroe es la infancia y el período de aprendizaje y educación que lleva consigo. Se trata de una fase de gran importancia emblemática, aunque a veces de escaso rendimiento narrativo, en la que la diferencia del elegido frente al resto de personajes aumenta y se diversifica en varias parcelas. Recordemos que el patrón mítico del héroe –Otto Rank, Lord Raglan, Joseph Campbell– formula en primer lugar un abandono o quizá un secuestro, en cualquier caso un alejamiento inducido del niño, lejos de su tierra natal, así como una guarda y custodia y una educación del mismo a cargo de personajes muy específicos, habitualmente figuras de extracción humilde, como pastores o ermitaños, que educan al héroe desde el secreto o el desconocimiento de su verdadera condición.

En los libros de caballerías encontramos una cierta variedad sobre esta cuestión. El paradigma amadisiano se halla en principio muy vinculado a la estructura tradicional del mito heroico; sin embargo, Amadís de Gaula es salvado de las aguas por un caballero llamado Gandales, y no por algún animal o persona humilde, como hubiera sido más canónico. Sobre ese particular, hay que traer a colación lo que técnicamente se ha venido en llamar la institución del *fosterage* o «la costumbre de la educación del niño fuera del ámbito paterno»¹⁶, costumbre nobiliaria que fue bastante

¹⁶ Cacho Bleuca en *Amadís de Gaula*, Intr., 138. Sobre la educación del héroe caballeresco, el profesor Campos García Rojas ha originado un conjunto de estudios que se tornan imprescindibles para el presente (2000, 2001, 2005, 2005 y 2009-2010). Véanse también las explicaciones de DUBY: «La juventud aparece en estos relatos como el tiempo de la impaciencia, de la turbulencia y de la inestabilidad. En el período anterior y en el posterior de su vida el individuo está radicado, ya sea en la casa de su padre o en la del señor que lo educa, mientras es niño, ya sea en su propia casa cuando él mismo es marido y padre. Entre estas dos épocas el caballero deambula» (1973, 134). El profesor ZOTZ recoge varios ejemplos de esta costumbre: «Notker, abad de Sankt Gallen, nos informa de cómo acogió a los hijos de sus feudatarios (*militēs*) para darles una educación rigurosa e hizo que se les enseñara el manejo de aves de cetrería. Más adelante se dice que, cuando acabaron el escuderaje, el abad les proporcionó armas y regalos, ganándose así en todas partes una buena fama, lo que permite reconocer el valor que tenía para un joven noble el servicio de escudero en la corte y las ventajas sociales que podía obtener de él un señor de linaje principesco» (2006, 184). Recuérdese igualmente el clásico estudio de Gernet (1922, 385-395), en el que se analiza la tradición del *fosterage* en la Antigüedad.

habitual en la Edad Media europea y se extendió en los siglos siguientes, como demuestran múltiples testimonios. Por su parte, Esplandián, el afamado hijo de Amadís, sí que es recogido por un animal, en este caso una leona, que lo amamanta bajo el control y vigilancia del ermitaño y «santo hombre» Nasciano, responsable en última instancia de la crianza de Esplandián (*Amadís de Gaula*, II, 66, 1004-1009 y II, 80, 1080-1082). En el otro gran ciclo caballeresco, Palmerín de Olivia es mantenido y criado, tras su breve exposición, por el colmenero Geraldo y el mercader Estebón, seres de inferiores credenciales que pronto se verán superados por las aspiraciones caballerescas del futuro héroe. Justo en el otro extremo se hallan Polendos, Primaleón y don Duardos, pertenecientes a la siguiente generación, que son educados en las cortes de sus familiares directos, llevando a cabo las actividades propias de su rango principesco¹⁷. Similar configuración presenta Clarián, protagonista de otra de las grandes series de las caballerías hispanas, cuya etapa infantil discurre en la corte de su padre, el rey Lantedón, donde le enseñan las letras y le ayudan a «entender las sanctas doctrinas», además de «leer hechos famosos de cavallería que en gran cobdicia le ponían de los seguir» (*Clarián de Landanís*, 33, 51). Parecidas señas a los anteriores, pero mucho más ambiciosas en su proyección, exhibe el caso de don Claribalte, educado en el palacio imperial albanés «en las artes y avisos con que los príncipes se deven dotrinar desde su niñez»; instrucción que corre a cargo de dos excelentes peritos: el ayo Laterio y el filósofo Solarne, mediante los cuales don Claribalte adquiere una formación de gran altura que comprende, por un lado, el conocimiento y manejo de las armas y, por otro, el aprendizaje de las artes liberales –el *trivium* y el *quadrivium* de las universidades medievales (*Claribalte*, 1, 5-6). Por poner un ejemplo de otra factura, citemos al caballero Floriseo, el cual pasa su niñez bajo la protección de un ermitaño que le inicia a leer y escribir, le enseña las lenguas latina y griega y le forma en «das artes e la sciencia divina», aunque «por este estudio no dexava Floriseo de ocuparse algunas horas del día en provar su cuerpo en cosas de fuerça e desemboltura» (*Floriseo*, 13, 24-25).

Como podemos observar, la niñez y adolescencia de los héroes caballerescos tiene en su desarrollo dos vías posibles: o bien es una infancia que transcurre en un medio impropio, totalmente ajeno de los escenarios nobiliarios, o bien resulta una infancia acaecida en palacios y cortes reales, con las prebendas y lujos acostumbrados, aunque frecuentemente distantes de los espacios originales de los héroes. De hecho, esta última contingencia, cuya primera muestra formaliza Amadís de Gaula con su estancia en el señorío de Gandales, es la que se hace más común en el género y repetirán numerosos caballeros protagonistas¹⁸, incluido el príncipe

¹⁷ *Palmerín de Olivia* (9-14, 27-35), que corresponden a la infancia de Palmerín. Por otra parte, en el *Primaleón* (7, 16; 14, 32; y 69, 148), se muestran, a cual más breve, las infancias respectivas de los tres protagonistas de la segunda generación palmeriniana.

¹⁸ Recordemos brevemente algunos de los ejemplos más importantes. 1) Arrebatado de sus padres por unos corsarios, Amadís de Grecia es entregado como obsequio al rey pagano Magadén, quien se encarga de criarlo en la fastuosa corte hindú de la ciudad de Saba. 2) El que años más tarde se llamará el Caballero del Febo lleva a cabo su crianza en la lejana corte del sultán de Babilonia, donde se instruye en lo necesario para recibir la orden de caballería. 3) Aunque amamantado primero por una salvaje, Felixmarte es amparado después en el castillo del Fosado, en cuyas dependencias aprende todo lo referido a las letras y las armas. 4) El gigante Epaminón se lleva al pequeño Cirongilio a la Ínsula

Valerían de Hungría, que establecerá su residencia en la magnífica corte imperial de Octavio y Nestarcio.

En cuanto al proyecto educativo de los futuros caballeros, hay que decir que principalmente se basa en una equilibrada mezcla de destrezas militares, experiencias cinegéticas y saberes letrados y artísticos, o lo que es lo mismo, en una instrucción física y deportiva y una preparación intelectual –*sapientia et fortitudo*–, esquema clásico de la educación del caballero y del príncipe, avalado por múltiples tratados y *espejos de príncipes* medievales¹⁹. En dicho patrón instructivo se incluyen también las derivaciones conductuales de la *curialitas*, como son la generosidad, la constancia, la moderación y la amabilidad, presentes ya en la gran mayoría de los héroes caballerescos. Dentro de la tradición de los *espejos de príncipes*, en cuya hechura suelen advertirse referencias de Aristóteles, Vegecio, Egidio Romano, Valerio Máximo, Suetonio, Salustio, Séneca, y Agustín de Hipona, entre otros autores, conviene destacar las ricas aportaciones de las *Siete Partidas* de Alfonso X, donde se establecen los deberes y costumbres de los emperadores y reyes, y también las principales virtudes que un caballero debe adquirir –cordura, fortaleza, mesura y justicia– (II, 21.4). Diferentes consideraciones y quizá mayores miras se encuentran en el *Libro del caballero et del escudero* del infante don Juan Manuel, en el que se viene a plantear un extenso programa de enseñanzas, bajo el aspecto de enciclopedia científica, que en realidad deriva de la práctica política y los paradigmas morales que gobiernan la sociedad en su conjunto. Un siglo más tarde, el obispo Alonso de Cartagena, en el prólogo de su *Doctrinal de los caballeros*, escrito entre 1435-1440, aboga por una enseñanza basada en las nociones de los hombres sabios y en los ejemplos de los hombres antiguos, así como en el conocimiento de las leyes escritas, modelo educativo de clara estirpe humanista con el que se pretende impulsar la imagen del caballero prudente y discreto. Por su parte, Rodrigo Sánchez de Arévalo, en su tratado *Vergel de príncipes*, de 1456, dedicado al rey Enrique IV de Castilla, opina que la formación de los reyes, príncipes y nobles debe apoyarse especialmente en tres óptimos y honestos ejercicios del ocio, a saber, el entrenamiento militar y la

Patalena y allí se encarga de criarlo amorosa y adecuadamente, educándolo en lo que entiende necesario. 5) El joven Olivante es criado, junto a Peliscán, en la prestigiosa corte de la isla de Laura, gobernada a la sazón por el duque Armides, la dueña Polinesta y la gran sabia Ipermea.

¹⁹ De la formación y regimiento de caballeros, nobles y príncipes, nos hablan numerosos textos hispánicos de la Edad Media, habitualmente denominados *espejos de príncipes*, cuyo modelo más importante es el *De regimine principum* de Egidio Romano. Véase al respecto el trabajo de Rucquoi y Bizarrri (2005, 7-30), donde encontramos las siguientes explicaciones: «El género de los “espejos de príncipes” ha tenido, en la Península Ibérica, un desarrollo constante y continuo. La necesidad de formación del príncipe, y de los miembros de la alta nobleza en general, originó la elaboración de tratados que, si bien no han tenido por lo general influencia en el resto de Europa, no por ello han poseído características menos específicas. Entre los siglos XIII y XIV, el proceso que dio origen a una serie de tratados relativos a la educación del príncipe se desarrolló en medio de la confrontación de formas orientales y occidentales y, en el curso de la segunda mitad del siglo XIII, innumerables obras didácticas o adaptaciones de formas llegadas a Oriente. El modelo occidental de *espejo de príncipes*, creado por Gil de Roma con su *De regimine principum*, acabó por imponer su estructura, aunque la conjunción de elementos orientales y occidentales, que había dado al reino de Castilla un perfil específico y particular frente al resto de Europa, y el impacto de obras transmitidas en árabe, ampliamente favorecido por Alfonso X, el Sabio, nunca desaparecieron del todo» (14-15).

montería, ocupaciones tradicionales del príncipe, y la música, materia que pertenece al *quadrivium* de las artes liberales. Otro significativo autor, Alfonso de Palencia, en su *Tratado de la perfección del triunfo militar*, compuesto en 1459, retoma el conocido y viejo debate de las armas frente a las letras, decantándose por una instrucción basada en la ciencia o arte militar, incluyendo sus componentes sociales, políticos y morales, que aproximan a Palencia en gran medida a la esfera del Humanismo²⁰.

Alfonso X, don Juan Manuel, Alonso de Cartagena, Rodrigo Sánchez de Arévalo y Alfonso de Palencia son algunos de los máximos referentes de la tradición de los regimientos de príncipes, cuyo influjo en los libros de caballerías, incluido, desde luego, el *Valerían*, se percibe en el trasfondo de las diversas posibilidades que venimos anotando, casi siempre orientadas desde un sistema de educación múltiple y diversa²¹. No obstante, recordemos que el *Florisando* de Paéz de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz rompen notablemente con tales patrones, dado que se trata de obras donde el aprendizaje de los caballeros se fundamenta con gran exclusividad en la formación religiosa, desechándose, por inadecuadas e incluso por nefandas, otro tipo de costumbres, actividades y lecturas implicadas. Pero este plan de enseñanza no va a ser el habitual en los libros de caballerías. Educados y adiestrados por ermitaños, pastores, magos, maestros o grandes nobles y monarcas, según el caso, los donceles y caballeros noveles aprenden pronto a leer y escribir, conocen también diversas lenguas antiguas y modernas, e incluso reciben enseñanzas de arte, música y canto, además, por supuesto, de tener clases marciales y realizar torneos incruentos y diversas actividades deportivas, destacándose entre éstas la caza y la cetrería.

Valerían de Hungría pertenece al modelo de los caballeros que despliegan su etapa de aprendizaje en los medios palaciegos, siguiendo con ello el paradigma de Amadís y la práctica real de la aristocracia del Medioevo. De los primeros años de su vida, descritos en unas pocas líneas, sabemos tan sólo que han transcurrido en las dependencias reales de Belgrado, junto a sus padres, su hermana y otros familiares. Sin embargo, a partir de los siete años su trayectoria vital va a dar un giro de ciento ochenta grados. Recordemos que ya en el propio *incipit* de la obra se indica cómo Paserindo decide enviar a su hijo a la exquisita corte alemana del emperador Octavio y el príncipe Nestarcio. Las razones de esta decisión provienen en primer lugar de un consejo que el sabio Arismenio había dado a Paserindo tiempo atrás,

²⁰ Véanse éstos y otros casos en Heusch (2000). Complétese con los siguientes estudios y ediciones: Penna (1959), Maravall (1983, 255-267), Gómez Moreno (1986, II, 311-323), Fallows (1995), Rodríguez Velasco (1996), *De perfectione militaris triumphi. La perfección del triunfo* (1996) y Águila Escobar (2006, 299-318).

²¹ Véase el manual de Lacarra y Cacho Blecua: «Los relatos de ficción enfocan el proceso desde perspectivas diferentes; así, el autor del *Zifar* concede gran importancia a la educación dada por el protagonista en la extensa lección oral con la que adoctrina a sus hijos como si fuesen escolares, aunque no se centra ni en las artes liberales ni el arte de la caballería: imparte un auténtico regimiento de príncipes. Desde otra tradición, espacio y época bien diferentes, Tirant recibe del ermitaño una instrucción teórica, cuyo contenido deriva del *Llibre de l'orde de cavalleria* de Llull, y algunos fragmentos, a su vez, del *Lancelot du Lac*. Por su parte, en el *Amadís* apenas se apuntan las referencias educativas letradas, de acuerdo con las pautas más tradicionales, mientras que un ermitaño se encarga de la educación del hijo del héroe, Esplandián, a la que se le concede mayor importancia, especialmente en sus parámetros religiosos» (2012, 240-241).

consejo en el que, una vez emitidas numerosas indicaciones de buen gobierno y de cómo hacer cumplir las leyes, le recomendaba al rey que mandara al pequeño Valerián cuando éste alcanzara los siete años a la corte alemana, para que allí fuera atendido sin consentimientos indebidos y fuera educado plenamente en los ejercicios relativos a su estado y condición.

Y porque a los hijos, cuando en casa de sus padres se crían, siempre los regalos les impiden que alcanzar no puedan las cosas que cumplen para su doctrina y criança, tan cumplidamente como conviene, será bien que el príncipe, vuestro hijo, cuando huviere cumplido siete años, en la cual edad mayores serán sus fuerças y saber de lo que extimar se puede, lo embiéis a la casa d'este, vuestro buen amigo, el príncipe Nestarcio. En la cual, señor, podéis ser cierto que todas las cosas de criança y virtuosos ejercicios florecen, y adonde el príncipe Valerián, no con menos cura de la que vós, señor, si ende fuéssedes presente terníades, sera criado y enseñado, allende que de su criança y conocimiento nacerán los principios del bien que le está guardado. Y porque tengo de hablar a estos dos príncipes, pido vos, señor, por merced, me perdonéis mi atrevimiento, pues sabéis la causa que para ello he tenido (*Valerián*, I, 48, 86r).

Arismenio entiende que la prestigiosa corte alemana de Colonia, en la que se halla establecida la casa real de mayor trascendencia en toda la obra, es el contexto idóneo para que el futuro gran héroe desarrolle su formación y asuma «los principios del bien que le está guardado». De esa manera, cuando llega el momento preciso –que viene a coincidir con el tránsito entre las dos partes del libro y con el cambio del protagonismo generacional–, Pasmerindo envía a su hijo al destino anunciado, en compañía del caballero Aspalión del Vado y el enano Dromisto y también de «veinte cavalleros muy buenos, los cuales levavan algunos perros y halcones para cuando se les offreciese tierra de caça» (I, 71, 131v).

Valerián no ha cumplido los ocho años pero ya aparenta muchos más; tiene un cuerpo grande y poderoso y se expresa con mayor profundidad que un niño de tan corta edad. Similares detalles se observan en algunos de los grandes caballeros que hemos citado recientemente; véase, por ejemplo, Amadís de Grecia: «E así pasaron hasta que el donzel avía ocho años, que, cuando d'ellos fue, de dos tanta edad parecía, tanto, que no avía donzel con quien luchase que dos tanta edad qu'él oviese que no derribase» (*Amadís de Grecia*, 2, 25). Por otra parte, la elección de los siete u ocho años no es baladí y corresponde con la primera división de las edades del hombre, tal y como se venía estableciendo en diversos escritos de la Edad Media. Inspirados en los planteamientos de Agustín de Hipona, autores cristianos como Emilio Draconio, Eugenio de Toledo y, sobre todo, Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, V, 38, 3-5; XI, 2), dividían la vida en cinco o seis períodos, extendiendo la *infantia* hasta los siete años y la *pueritia* hasta los catorce²². De igual forma, las fragmentaciones o series en torno al número siete eran bastante frecuentes en ensayos de diversa índole, debido al simbolismo arcano y cabalístico de dicha cifra, habitualmente asociada a la propia formación del universo (las siete esferas de

²² *Etimologías* (2004, especialmente 541-543 y 870-879): «1. Gradus aetatis sex sunt: infantia, pueritia, adolescentia, iuventus, gravitas atque senectus. 2. Prima aetas infantia est pueri nascentis ad lucem, quae orrigitur in septem annis. 3. Secunda aetas pueritia, id est pura et necdum ad generandum apta, tendens usque ad quartumdecimum annum» (870).

Claudio Ptolomeo, los siete planetas de Bernardo Silvestre), y cuya atribución contemplaba también las edades del hombre, en donde el *infans* o *puerullus* abarcaba hasta los siete años y el *puer* hasta los catorce, tras los que seguían *adolescens*, *iuvenis*, *vir*, *senior* y *senex*.

En el camino hacia Colonia, el príncipe de Hungría protagoniza una increíble acción distinguidora que representa su primera gran prueba. Se trata de una experiencia que suele acontecer en edades superiores, al filo de la juventud, cuando el doncel lleva a cabo sus primeras batallas individuales y se dispone a ingresar en la orden de caballería. La comitiva de Valerián se detiene en una fuente para avituallarse y descansar bajo el abrigo de los árboles. De forma inesperada, un «león tan grande como fiero» surge tras una encina y se abalanza, rampante e impetuoso, contra el niño indefenso. Lejos de amedrentarse con la amenaza, Valerián se enfrenta decididamente a la bestia, utilizando tan sólo un manto protector para uno de sus brazos y un cuchillo de monte, con el que finalmente consigue herir de muerte al león. Su hazaña provoca verdadero asombro en los presentes, que apenas conciben cómo alguien de tan corta edad ha logrado derribar a semejante fiera, el rey de todos los animales, tal y como se define en el *Fisiólogo* y los bestiarios medievales, donde se le comparaba además con Jesucristo, el rey de todos los hombres²³. Con la misma actitud de sorpresa y alegría, los reyes Pasmerindo y Arinda, cuando reciben a los pocos días la noticia de la proeza de Valerián, dan a «Nuestro Señor innumerables gracias por les haver dado fijo que en tan pequeña edad hoviesse fecho lo que al mejor cavallero del mundo fuera contado» (I, 71, 132r).

Al margen de su enorme importancia en la heráldica y la iconografía de la Edad Media y el Renacimiento, cuyo análisis se aleja de nuestras pretensiones, la figura del león aparece con frecuencia en varios géneros literarios, especialmente en el ancho plantel de la literatura caballeresca, donde suele ejemplificar el poder físico y la superior naturaleza y jerarquía, así como la encarnación del valor, la sabiduría y la justicia²⁴. Ya en la materia artúrica, con ejemplos en *Li chevaliers au lion* y *Li Contes del Graal* de Chrétien de Troyes, la *Demanda del Santo Graal* o el *Perlesvaus*, por decir unos pocos, y, desde luego, en los libros de caballerías hispánicos, con los casos del *Palmerín de Olivia* y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, entre los más conocidos, la derrota o amansamiento del león muestra las inmejorables capacidades y las más altas potencias del caballero errante, que a menudo se topa con el enorme férido –o quizá con otro animal de grandes proporciones– en sus primeras aventuras de carácter iniciático. Valerián sigue así los pasos que corresponden a su papel de caballero protagonista, pero demuestra una precocidad que no se observa en otros héroes

²³ Consúltese el trabajo de Malaxecheverría: «Lo que en griego se llama “león” significa “rey” en francés. El león, de varias formas, domina a muchos animales; por eso es rey el león [...] El león significa el Hijo de la Virgen María; es, sin duda alguna, el rey de todos los hombres; por su propia naturaleza, tiene poder sobre todas las criaturas. Con fiera actitud y terrible venganza se aparecerá a los judíos cuando los juzgue, porque obraron mal cuando lo clavaron en la cruz, y debido a esta acción perversa no tienen rey propio» (1986, 90-93).

²⁴ Véanse los siguientes estudios: Garci-Gómez (1972, 255-284), Layna Ranz (1987-1988, 193-209), Delgado Criado (1995-1996, 61-71), Galmés de Fuentes (1999, 257-293), Beltrán (2004-2005, 39-50) y Godinas (2008, 55-66).

análogos. Justo en el bisel entre las partes del libro, Dionís Clemente nos está dibujando la imagen de un niño que combate con las características de un guerrero mayúsculo, cuya fortaleza cabe entenderla muy superior a la de muchos héroes caballerescos, al menos en una edad tan temprana.

Ahora bien, Valerián necesita de otros elementos en su avance irrefrenable hacia la cúspide de la caballería. Requiere, como hemos visto en el modelo amadisiano, de una adecuada crianza cortesana, la cual va a correr a cargo del mismísimo emperador Octavio, al tiempo que los aspectos materiales, «el aposento y todo lo ál», quedan en manos del príncipe Nestarcio. Junto al joven húngaro, aunque con orientaciones de otra índole, se va a criar también Flerisena, de «sobrenatural hermosura», la hija del príncipe alemán. Dicha crianza y «las otras cosas que más por experiencia e industria que por naturaleza vienen a saberse y exercitar» (II, 1, 133r), se reflejan en la historia a través de breves alusiones que aparecen esparcidas en tan sólo unos folios. De hecho, la infancia entera de Valerián ocupa muy poco espacio textual, como así establecen los patrones heroicos y caballerescos que venimos utilizando; se desarrolla concretamente en el último capítulo de la primera parte y, en mayor medida, en el primero de la segunda, donde, bien avanzada la narración del mismo, se señala que el príncipe magiar, con doce años ya cumplidos, se ha afianzado suficientemente en todos sus procesos, esto es, en su constitución y apostura física, también en su formación cortesana y, especialmente, en el amor que siente por Flerisena, motor de futuras actuaciones que precipitarán el ascenso caballeresco.

En un primer momento, las enseñanzas que recibe Valerián se describen de forma general y tópica, mediante términos al uso como «doctrina» o «criança». Eso sí, queda claro que diversos personajes van a custodiar al príncipe desde los siete a los diecisiete años, ejerciendo funciones educativas claramente complementarias. Aspalión del Vado y Dromisto, que han venido de Belgrado junto a Valerián, se encargan de la guarda y acompañamiento diario y personal, en lo que debe recordarse la preparación castrense y venatoria del primero, y la sabiduría popular y el sentido común del segundo, cuyos «remedios y consejos saludables» orientan a Valerián en sus primeros impulsos amorosos. El siguiente nivel de instrucción lo componen el emperador Octavio y el príncipe Nestarcio, a los que deben añadirse los nobles, los caballeros curiales, y las damas, doncellas y sirvientes de palacio. A partir de este grupo exquisito y heterogéneo se articula la experiencia cortesana de Valerián, quien, además, recibe el afecto y la plena confianza de toda la familia imperial, que lo acoge y trata de la misma manera que si fuera un descendiente directo, «que ningún grado le faltava para serlo perfectamente, sino el nombre de hijo» (II, 1, 133v).

No obstante, ya en el segundo capítulo de la *Parte Segunda*, el propio Valerián ofrece la información más concreta sobre el asunto del aprendizaje y la crianza, justo en el momento en que reflexiona sobre el futuro de su condición y desvela ante Dromisto su deseo de ser armado caballero. Valerián se define a sí mismo como un hombre muy cultivado en las letras, que pretende completar su educación principesca con el oficio de la caballería y las armas, lo que finalmente le hará ser digno de su estado y su familia. En las palabras del príncipe húngaro llama la atención un apunte altamente significativo: las letras han representado su mayor ejercicio, por encima,

cabe imaginar, de los entrenamientos marciales, las monterías y otras actividades cortesanas.

Y porque el descanso no lo veo por agora aparejado, según tú sabes, y ninguna vida es más enojosa que aquella que de conveniente ejercicio carece, *he acordado de ser cavallero, para que pueda comenzar de exercitarme en aquello que después de las letras, en fasta aquí ha sido mi mayor exercicio, mi edad y estado requieren*. Porque cuando me fuere otorgado el señorío, que si a mis padres sobrevino se me deve, sepa assí *en las armas como en las letras lo que cualquier príncipe no deve ignorar*, porque de otra manera cuasi tiránicamente lo poseería, pues a ninguno es otorgado señorío sino para que, imitando e siguiendo las pisadas y regla de aquél que, siendo de todos señor y rey, quiso ser la mesma regla y exemplar, rijan y gobiernan sus súbditos con la igualdad de justicia con que d'él somos regidos (*Valerián*, II, 2, 135r, cursiva añadida).

En este contexto de la dedicación a las letras, Valerián se ha formado también en diversos idiomas; al menos así podemos interpretarlo en aventuras posteriores, concretamente cuando se indica que conoce la lengua griega y «otras muchas puesto que d'ello no se haya hecho mención» (II, 36, 201v), o se señala que entiende y domina sin problema alguno el idioma turco (II, 41, 217v). La explicación más completa sobre el particular la encontramos en las palabras de la joven Diliarda, justo en el momento en que, tras los oportunos servicios del ahora llamado Caballero Triste –alias de Valerián– y a resultas de ciertas pesquisas que se están llevando a cabo, desarrolla gradualmente la prosopografía y la etopeya del caballero que venimos tratando, aludiendo también a su hablar gracioso y su conocimiento de lenguas, y recordando de paso su educación en suelo alemán:

–Y por ende digo que los señales que de su persona se me acuerdan son primeramente los cabellos, los cuales, puesto que en él no dexen de parecer muy bien, mejores serían para la donzella que no le faltasse otro para ser cumplidamente hermosa. Los ojos con todas las otras partes de su rostro son de tanta perfición, quanto de todos los que lo miran embidiado, juntamente con el color blanco y colorado que a cada parte conviene, con un pequeño lunar en una parte que por cierto antes le acrecienta que mengua su gran perfición. Su estatura es más alta que baxa, puesto que muy proporcionada. Las manos tiene blancas con las carnes, que menos o más serían estremos. Su hablar es muy gracioso, y aunque sin dudar *todas las lenguas hable, su natural no puede doblarlo de manera que dexa de mostrar quanto le es más fácil la úngara que las otras, juntamente con la alemana, adonde se dezía que era criado*. Su edad no muestra passar veinte y dos años, señalándola con unos delgados hilos de oro que a nacer le comiençan, tan ralos como es espessa e firme la estremada lealtad que su alto y generoso coraçón ha mostrado tener. De sus fuerças, como más consistan en la prueba que en la vista, no podría yo dezir la grandeza, aunque si proporcionalmente a todas las otras faciones que dixen corresponden, no pueden dexar de ser muy grandes, señaladamente acompañándolas el esfuerço que en sí muestra tener (*Valerián*, II, 44, 224r, cursiva añadida).

Si con la experiencia de la preparación guerrera, los consejos y sentencias de Dromisto, y los juegos y pasatiempos de palacio, la figura de Valerián se instalaba en los parámetros de la nobleza y caballería cortesana de la Edad Media, el ejercicio constante y superior de las letras, el aprendizaje de lenguas modernas y antiguas, y la práctica del buen hablar, le aproximan al prototipo humanista del príncipe letrado que aparece en *El Cortesano* de Baldassare Castiglione. Recordemos que la obra traducida al castellano por Boscán en 1534, publicada en Barcelona, desarrolla en

diversos momentos el tema de la excelencia de las letras y la necesidad de la presencia de éstas en la formación del perfecto noble o príncipe cortesano. Así sucede, por ejemplo, en una amplia discusión entre los personajes de Canossa y Federico Fragoso sobre el tipo de lengua que ha de usar el cortesano, lo que deriva en los preceptos del buen hablar y en la reflexión de la lengua como instrumento imprescindible de la comunicación, puesto que hablar correcta y cabalmente constituye una de las virtudes esenciales del cortesano (I, 29-39). En otro episodio posterior, Pietro Bembo quiere que se declare la preeminencia de las letras sobre las armas, perpetuando un viejo debate que fue objeto de múltiples comentarios en los siglos medievales. Canossa sostiene por su parte la primacía de las armas, pero se inclina también por una sólida educación humanista y por el necesario conocimiento de idiomas, incluyendo el latín y el griego (I, 42-46).

El cual querría yo que fuese en las letras más que medianamente instruido, a lo menos en las de *humanidad*, y tuviese noticia no sólo de *la lengua latina más aun de la griega*, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No dexé los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar (*El Cortesano*, 182, cursiva añadida).

Así pues, Valerián reproduce la imagen de un príncipe formado en diversas materias humanísticas, además, por supuesto, de su imprescindible preparación en el área militar²⁵. De ningún otro personaje de la obra se especifica una educación en semejantes términos. De esa forma, la primacía de Valerián se origina desde las propias enseñanzas recibidas, las cuales, unidas a las superiores capacidades físicas y anímicas del joven, y unidas también al ámbito cortesano del que han surgido, centro neurálgico de buena parte de toda la obra, muestran la faz de un caballero ataviado de viejas y nuevas costumbres, atento al clásico canon heroico y fiel en gran medida al patrón caballeresco, pero influido ya de varios de los aspectos fundamentales del Humanismo, al igual que sucede, por cierto, y en grados diversos, con muchos otros protagonistas de los libros de caballerías²⁶, lo que a fin de cuentas tendrá muy en cuenta Cervantes y la tradición de la novela de la que él dimana, a propósito de la imagen del héroe pleno de fantasías pero también ahito en conocimientos y lecturas.

§

²⁵ Véase López-Ríos (2008, 127-144), donde se analiza un ejemplo de educación principesca y humanística muy cercano a Dionís Clemente y el *Valerián*, dado que el escritor pertenecía precisamente a la corte del duque de Calabria.

²⁶ Véase al respecto el trabajo de Río Nogueras (1993, II, 73-80), donde encontramos la siguiente explicación: «Los autores de libros de caballerías sazonan las andanzas guerreras de sus héroes con episodios en que su comportamiento curial se ofrece como paradigma de conducta para el nuevo ideal de caballero andante. Este ha debido arrinconar su espada y rodela, reservándolas de manera casi exclusiva para torneos y demás muestras espectaculares y ha debido aplicarse de manera decidida a la pluma, a la conversación y al juego de cortesanía. Signos de los nuevos tiempos» (78).

Bibliografía citada

- Águila Escobar, Gonzalo, «La educación del caballero: *Tratado de los rieptos e desafíos y ceremonial de príncipes* de Diego de Valera», en *Las letras y las ciencias en el Medievo hispánico*, ed. M^a Isabel Montoya Ramírez y M^a Nieves Muñoz Martín, Granada, Universidad de Granada, 2006, pp. 299-318.
- Amadís de Gaula* = Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleuca, Madrid, Cátedra, 1987-1988.
- Amadís de Grecia* = Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen Bueno y Carmen Laspuertas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Avalle-Arce, Juan Bautista, «El nacimiento de Amadís», en *Essays on Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, ed. Robert B. Tate, Oxford, The Dolphin Book, 1982, pp. 15-25.
- , «*Amadís de Gaula*: el primitivo y el de Montalvo», México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Beltrán, Rafael, «Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla: claves caballerescas para el episodio de los requesones en la cebada y el león manso (*DQ*, II, xvii)», *Letras*, 50-51 (2004-2005). Número monográfico: *Libros de caballerías. El «Quijote». Investigaciones y relaciones*, pp. 39-50.
- Cacho Bleuca, Juan Manuel, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Cupsa / Universidad de Zaragoza, 1979.
- , «*Nunca quiso mamar leche de mugier rafez* (Notas sobre la lactancia. Del *Libro de Alexandre* a don Juan Manuel)», en *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Vicente Beltrán, Barcelona, PPU, 1988, pp. 209-224.
- Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959 [1949].
- Campos García-Rojas, Axayácatl, «La educación del héroe en *El libro del cavallero Zifar*», *Tirant*, 3 (2000), sin paginación.
- , «Pre-history and origins of the hero in *El Libro del cavallero Zifar* and *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 1-10.
- , «La educación del héroe en los libros de caballerías: Amadís en la corte y Esplandián en el bosque», en *Textos medievales: recursos, pensamiento e influencia. Trabajos en las IX Jornadas Medievales*, ed. Concepción Company, y otros, México, El Colegio de México / UAM / UNAM, 2005, pp. 51-76.
- , «“E fueron tan bien nodridos e tan bien acostunbrados”: educación y desarrollo heroico en *El libro de cavallero Zifar*», *Anuario de Letras Modernas*, 12 (2005), pp. 25-44.
- , «El niño robado y su aprendizaje visual en los libros de caballerías hispánicos: pinturas y estatuas ejemplares», *Memorabilia*, 12 (2009-2010), pp. 249-267.
- Clarián de Landanís* = Gabriel Velázquez del Castillo, *Clarián de Landanís*, Libro I, ed. Antonio Joaquín González Gonzalo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005.
- Claribalte* = Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. Alberto del Río Noguera, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

- Coduras Bruna, María, «Por el nombre se conoce al hombre». *Estudios de antroponimia caballeresca*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015.
- Delgado Criado, Buenaventura, «La educación física del caballero andante», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 14-15 (1995-1996), pp. 61-71.
- Delpesch, François, «Les jumeaux exclus: cheminements hispaniques d'une mythologie de l'impureté», en *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, ed. Agustín Redondo, Paris, Publications de la Sorbonne, 1983, pp. 177-203.
- De perfectione militaris triumphii. La perfección del triunfo* = Alfonso de Palencia, *De perfectione militaris triumphii. La perfección del triunfo*, ed. Javier Durán Barceló, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.
- Duby, Georges, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1973.
- El Cortesano* = Baldassare Castiglione, *El Cortesano*, ed. Mario Pozzi, Madrid, Cátedra, 1994.
- Eliade, Mircea, *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, Barcelona, Paidós, 1999 [1976], 3 volúmenes.
- , *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, Barcelona, Kairós, 2000.
- Etimologías* = San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. José Oroz Reta, Manuel A. Marcos Casquero y Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- Fallows, Noel, *The Chivalric Vision of Alfonso de Cartagena: Study and Edition of the «Doctrinal de cavalleros»*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1995.
- Floriseo* = Fernando Bernal, *Floriseo*, ed. Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Galmés de Fuentes, Álvaro, «El mitotema de los leones en la épica románica y la tradición árabe», en *Romania Arabica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 257-293.
- García Herrero, M^a Carmen, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006.
- Garci-Gómez, Miguel, «La tradición del león reverente: glosas para los episodios en *Mío Cid*, *Palmerín de Olivia*, *Don Quijote* y otros», *Kentucky Romance Quarterly*, 19 (1972), pp. 255-284.
- Gernet, Louis, «Fosterage et légende», en *Mélanges Gustave Glotz*, Paris, PUF, 1922, pp. 385-395.
- Godinas, Laurette, «La educación del caballero medieval», en *Caballeros y libros de caballerías*, ed. Aurelio González y M^a Teresa Miaja de la Peña, México, UNAM, 2008, pp. 55-66.
- Gómez Moreno, Ángel, «La caballería como tema en la literatura medieval española: tratados teóricos», en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, vol. II, pp. 311-323.
- Gracia Alonso, Paloma, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991.
- , «Tradición heroica y eremítica en el origen de Esplandián», *Revista de Filología Española*, 72 (1992), pp. 138-148.

- , «El nacimiento de Esplandián y el folclore», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. M^a Isabel Toro Pascua, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, vol. I, pp. 437-444.
- Heusch, Carlos, *La caballería castellana en la baja Edad Media. Textos y contextos*, Montpellier, Université de Montpellier III, 2000.
- Köhler, Erich, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Barcelona, Sirmio, 1990 [1956].
- Lacarra, M^a Jesús; Cacho Blecua, Juan Manuel, *Historia de la literatura española, 1. Entre oralidad y escritura: La Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2012.
- Lalomia, Gaetano, «La concepción y el nacimiento del héroe (T500-599): un motivo con variaciones», *Revista de Poética Medieval*, 26 (2012), pp. 169-186.
- Las Siete Partidas* = Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, glosadas por el Licenciado Gregorio López, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555. Reproducción facsímil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974.
- Layna Ranz, Francisco, «Itinerario de un motivo caballeresco: el caballero ante el león», *Anales Cervantinos*, 25-26 (1987-1988), pp. 193-209.
- Libro de los estados* = Don Juan Manuel, *Libro de los estados*, ed. Ian R. Macpherson y Robert Brian Tate, Madrid, Castalia, 1991.
- Libro del cavallero et del escudero* = Don Juan Manuel, *Libro del cavallero et del escudero*, dentro de *Cinco Tratados*, estudio y edición de Reinaldo Ayerbe-Chaux, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989.
- López Martínez, Pablo, «La lactancia materna, motivo folclórico del linaje en la *Estoria del Cavallero del Cisne*. Seconde partie», *Crisol*, 6 (2002), pp. 39-59.
- López-Ríos, Santiago, «La educación de Fernando de Aragón, duque de Calabria, durante su infancia y juventud (1488-1502)», en *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, ed. Nicasio Salvador Miguel y Cristina Moya García, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuet, 2008, pp. 127-144.
- Lucía Megías, José Manuel; Sales Dasí, Emilio José, *Los libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008.
- Malaxecheverría, Ignacio, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1999 [1986].
- Maravall, José Antonio, «La cortesía como saber en la Edad Media», en *Estudios del pensamiento español, 1. Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, pp. 255-267.
- Marín Pina, M^a Carmen, *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*, tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.
- , «El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías españoles», *Tropelías*, 1 (1990), pp. 165-175.
- Palmerín de Olivia* = *Palmerín de Olivia*, ed. Giuseppe di Stefano y M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Penna, Mario, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Atlas, 1959.
- Primaleón* = *Primaleón*, ed. M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Propp, Vladimir, *Morfología del cuento*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1972 [1928].
- Raglan, Lord, *The Hero: A Study in Tradition. Myth and Drama*, London, 1936.

- , «The Hero of Tradition», en *The Study of Folklore*, ed. Alan Dundes, Englewood Cliffs, Prentice Hall, N. J., 1965, pp. 142-157, reimpresión del artículo con el mismo título publicado en *Folklore*, 45 (1934), pp. 212-231.
- Rank, Otto, *El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires, Paidós, 1961 [1914].
- Río Nogueras, Alberto del, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en *Literatura medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*, ed. Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. II, pp. 73-80.
- Rodríguez Velasco, Jesús, *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.
- Rucquoi, Adelina; Bizarri, Hugo O., «Los espejos de príncipes en Castilla: entre Oriente y Occidente», *Cuadernos de Historia de España*, 79/1 (2005), pp. 7-30.
- Russinovich de Solé, Yolanda, «El elemento mítico-simbólico del *Amadís de Gaula*: Interpretación de su significado», *Thesaurus*, 29 (1974), pp. 129-168.
- Sales Dasí, Emilio José, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Thompson, Stith, *Motif-Index of Folk Literature*, London, Indiana University Press, 1966, 2ª ed. 6 volúmenes.
- Valerián* = Dionís Clemente, *Valerián de Hungría*, Valencia, Francisco Díaz Romano, 1540.
- Zotz, Thomas, «El mundo caballeresco y las formas de vida cortesanas», dentro de Josef Fleckenstein, *La caballería y el mundo caballeresco*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 165-219.

